

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Prácticas Económicas en las Costas Insulares de Aisén. Testimonios de Persistencia y Transformación.

Gonzalo Saavedra G.

Cita:

Gonzalo Saavedra G. (2007). *Prácticas Económicas en las Costas Insulares de Aisén. Testimonios de Persistencia y Transformación. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable:

<https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/160>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Prácticas Económicas en las Costas Insulares de Aisén. Testimonios de Persistencia y Transformación

Gonzalo Saavedra G*.

«...el chonque fue navegante, porque los otros todavía están peleando en Arauco. Para acá, se vino corriendo, fundando islas, haciendo territorio, porque ellos vivían de la mar, vivían de los pájaros, del robalo, vivían de las cholgas, del picoroco, del loco y a ellos le gustaban porque antes no... ¡Qué fuego! ¡Qué hacha! vivían así no más, a lo chonque, a lo nativo, porque eran tipo piuchencito esa gente»¹.

Introducción

En las costas aiseninas se despliega, desde eras remotas, una diversidad de formas económicas, las cuales han devenido en sucesivas transformaciones, resignificaciones, articulaciones a mercados externos, procesos de occidentalización, «des-estructuraciones», descomposiciones, etc. (en fin, todo depende del enfoque con que se le mire). Pero esta es una historia en los márgenes, en el anonimato, en una dimensión de silencio, y al mismo tiempo es una historia compuesta de varias historias fragmentarias, entrelazadas, interconectadas, historias del lugar. Diversidad que emana de su propia dimensión territorial, de espacios locales y translocales que aun interpelados por sucesivos procesos de expansión capitalista, dan cuenta de la emergencia de prácticas y racionalidades que por sí mismas cuestionan los supuestos universalistas de la teoría económica: costo-beneficio o medios escasos para la consecución de fines ilimitados.

En lo que hoy denominamos zona austral insular (desde Chiloé al sur por los archipiélagos aiseninos) la *sonoridad* algo monstruosa y dilapidadora de la expansión de los capitales, no silencia del todo, no invisibiliza del todo a esa diversidad de prácticas y lógicas económicas. La historia de Aisén, convencional se podría decir, se cuenta a través de sus héroes y de sus hazañas. Si nos situamos en la zona oriental, por ejemplo en las costas de lo que hoy es Puerto Cisnes o Puerto Aisén, la imagen que predomina es la del colono pio-

nero que a punta de esfuerzo construyó esa tierra (Osorio 2007)². O bien la de algún subdelegado que tuvo a su cargo las primeras empresas extractivas de recursos naturales. En la zona insular lo primero que nos ofrece el registro es a los héroes del ciprés, iniciando la historia con la fundación de Melinka en 1859. En los años sucesivos la cosa no cambiaría demasiado. Es difícil pensar en las costas aiseninas (de por sí un espacio muy marginal) sin aludir a las grandes empresas extractivas que se han desplegado sobre esos territorios. La historia que empezó con la tala del ciprés y que siguió con la cacería de lobos marinos, *gatos* peleteros y que continuó con la extracción de recursos bentónicos, luego con la extracción de peces (merluza austral), y que hoy se escribe con tonos salmonídeos, es una historia habitada por subjetividades intersticiales, pero también es una historia que se trasciende a sí misma, que encuentra parte de su lógica en una matriz territorial (y cultural) mucho más amplia.

El trabajo resumido en estas líneas fue escrito a partir de investigaciones etnográficas y documentales en el Archipiélago de los Chonos, explora la persistencia y transformación de prácticas de larga data pero que actualmente siguen caracterizando —aunque en franco declive— la vida económica de las comunidades costero-australes. En particular se intenta retratar parte de las economías de recursos deshidratados (cholga, pieles y pescado seco, principalmente), sus significados sociales y sus implicaciones en los sistemas contemporáneos.

Sobre el contexto histórico

Un primer antecedente es la condición de la economía chilena y su configuración primario-exportadora. Esto fue evidente hacia la segunda mitad del siglo XIX, por lo demás era una economía que se encontraba en plena expansión (salitrera por cierto) y que demandaba

*Escuela de antropología, Universidad Católica de Temuco, gsaavedra@uct.cl.

para sí recursos valiosos que abundaban en el territorio nacional. El litoral de Aisén también estuvo articulado a esta dinámica y en lo sucesivo (en todo el siglo XX) la tendencia sería todavía más evidente: incremento y diversificación de las explotaciones, nuevos sistemas extractivos e institucionalización de algunos mecanismos orientados al aprovechamiento *racional* de los recursos del ecosistema costero.

Puerto Lagunas ha adelantado notablemente desde el año pasado, por resultado de nuestro viaje. En esa época existía una choza provisional que habitaban los pescadores en verano; desde entonces los señores Burr han construido una casa de madera i formado un establecimiento permanente para el acopio de durmientes para el ferrocarril³

En ningún caso se trata de plantear una hipótesis determinista (todo lo contrario, finalmente lo que interesa es echar luz sobre esa dimensión intersticial), no obstante las coyunturas citadas y descritas resultan incomprensibles en los límites del territorio austral, incluido Chiloé y Patagonia. Efectivamente, tras la sucesiva expansión económica y consecuente penetración del mercado en las costas australes, había un proyecto modernizador, pero no era un proyecto centrado ni mucho menos pensado para lo que hoy conocemos como Aisén. El objetivo siempre estuvo mucho más al norte. En principio fue la conectividad en función de las explotaciones salitreras, más tarde el suministro de recursos para consumo en las ciudades del continente, y más contemporáneamente el crecimiento de los capitales privados asentados también en otras latitudes. Ni siquiera hoy, en pleno auge salmonero, las costas de Aisén han dejado de ser materia prima de otras modernizaciones⁴.

Tampoco interesa aquí formular una oposición entre economías locales y capitalismo, ni mucho menos entre tradición y modernización. Si bien ambas distinciones emergen en lo que se plantea, más relevante es cómo formular ese tipo de relaciones. En parte es lo que intenta poner en discusión este trabajo. Pero por otro lado tampoco pequesmos de inocencia: como lo han señalado autores como Wallerstein, Godelier o Wolf (véase Comas d' Argemir 1998), las economías locales se despliegan interconectadas, inmersas y subordinadas a las dinámicas de expansión capitalista. Y es evidente que en esta articulación se ponen en juego relaciones asimétricas que permiten de maneras muy di-

versas el proceso de acumulación. Indudablemente es necesario dar importancia explicativa a los enfoques estructurales críticos, y es en ese sentido en el que cabe ser precavidos cuando hablamos de ingenuidad. Sin embargo aprovechemos este punto para hacer una inflexión y preguntarnos si acaso es suficiente la explicación estructural. Y es que justamente interesa ir un poco más allá y preguntar antropológicamente, o mejor aun preguntar culturalmente. Relativizar para pensar qué hay más allá de la sustracción del excedente, de la subordinación en términos clasistas o de la reducción de lo cultural a la categoría de clase, etc.

Pues bien, podríamos sintetizar lo reseñado hasta aquí diciendo que bajo dinámicas y procesos de explotación de recursos naturales en las costas aiseninas (madera, pieles, mariscos, peces), se han configurado economías y culturas locales, modernizaciones del lugar, inesperadas, accidentales, y si se quiere, hechas a pulso. Hechas con la temporalidad del «abajo», de a poco, con tradiciones inventadas y reinventadas sucesivamente, producto de *inteligencias culturales* y de humanidades anónimas que, desde eras remotas, antecedieron los grandes (o medianos) hitos consignados por el registro oficial.

Las diferenciaciones de asentamientos y economías en las costas aiseninas

Es necesario plantear algunas diferenciaciones en el litoral norte de Aysén. En principio cabe identificar dos ejes, que podrían ser histórico-culturales. Históricos porque implican ocupaciones del territorio que se suceden en dinámicas migratorias distintas, y culturales porque además implican orígenes y *tradiciones* diferenciadas, o para decirlo de otro modo: se empiezan a configurar asentamientos con dinámicas identitarias disímiles. Por una parte encontramos un mundo chilote-huilliche que se ha desplegado espacialmente por la zona insular y que conecta, desde eras remotas, el sur de Chiloé con las islas Guaitecas, las islas Huichas, Aysén-Chacabuco, y si seguimos más abajo probablemente con la zona del canal Messier. Por otra parte aparece un eje costero cordillerano, habitado a principios del siglo XX por colonos provenientes del norte de Chile, aunque también desde Europa (tal es caso de Puyuhapi, por ejemplo), pero que en el curso de las décadas se ha vuelto progresivamente más diverso y complejo.

Por supuesto que en la actualidad el panorama aconseja no establecer una demarcación dicotómica, en realidad en unos y en otros sectores de los archipiélagos es posible encontrar habitantes muy diversos social y culturalmente. No obstante ello, sí debemos reconocer una importante presencia chilota-huilliche asentada en las Guaitecas y en las Huichas. Pero en este punto es muy relevante formular una hipótesis que establezca las diferencias a partir de una objetivación de los sistemas económicos que allí se han configurado.

Panorámica general de la economía del litoral aisenino

La ocupación humana en las costas aiseninas se remonta a tiempos prehispánicos. El registro arqueológico, aunque escaso, fecha asentamientos canoeros en torno a los 4000 años antes del presente; Ocampo y Aspillaga (1984) han registrado un asentamiento en la zona de Repollal (en las Guaitecas) que se remonta a los 2400 años. Por otro lado revisando fuentes etnohistóricas, en particular crónicas de misioneros jesuitas y bitácoras de navegantes, encontramos que desde 1610 y hasta fines del siglo XIX hubo contactos con población nativa de los actuales archipiélagos⁵.

Pero el antecedente más relevante en la historia social y económica contemporánea, es la «reocupación» de las costas aiseninas iniciada durante la explotación intensiva y extensiva del ciprés de las Guaitecas. En 1859 el Gobierno chileno designa como subdelegado marítimo del Archipiélago de los Chonos a Felipe Westhoff, un empresario de origen lituano. A partir de entonces Westhoff organiza grandes expediciones de trabajadores chilotos, quienes se dispersan por la zona talando postes de ciprés, pero también cazando lobos marinos y extrayendo recursos para su deshidratación. Se calcula que el Subdelegado movilizó a más de tres mil personas por los archipiélagos, por tanto los orígenes culturales de gran parte de los habitantes del litoral de Aysén los hallamos aquí, en particular de quienes habitan la zona chilota-huilliche (Guaitecas, Huichas y en parte Aysén)⁶.

En el último verano el archipiélago de los Chonos ha sido poblado, accidentalmente por cerca de tres mil peones ocupados en la corta de maderas i en la preparación de durmientes⁷.

En este contexto económico social se funda oficialmente la localidad de Puerto Melinka (1859) y mucho más tarde Puerto Aguirre (hacia la década de 1940), no obstante ya a principios del siglo XX en el contexto de políticas de colonización impulsadas por el Estado surge el poblado de Raúl Marín Balmaceda y algo más tarde, en 1939, Puyuhuapi fundado por colonos alemanes que huían de la guerra, y Puerto Cisnes en 1954; Puerto Aisén, la actual capital provincial, había sido fundada en 1928. Más allá de las fechas y los hitos de fundación consignados en diversas fuentes, es importante diferenciar dos procesos de asentamiento y/o colonización temprana de las costas de Aisén: 1) La expansión chilota maderera-bentónica⁸, y 2) la primera colonización impulsada por el Estado.

La expansión chilota maderera-bentónica es la que se inicia con las faenas comandadas por Westhoff y continuadas más tarde por Ciriaco Álvarez, empresario de Chonchi que en las primeras décadas del siglo XX fue conocido como «el rey del ciprés». En la dinámica de este proceso se consolidan los asentamientos de Guaitecas y Huichas, cuyas economías estuvieron estrechamente ligadas no sólo a la extracción maderera, sino además a la caza de lobos, al secado de cholga y a la extracción bentónica, actividad que sigue siendo relevante.

Ellos se vinieron en una goleta, le llamaban, que era a vela nomás, porque no existían los motores, yo le estoy hablando del año 35, 36, entonces se venían a vela: cuando había viento avanzaban cuando no había viento tenían que quedarse fondeado, entonces venían todas esas familias ahí, se alimentaban, hacían sus cosas dentro de la misma embarcación y así llegaron a una isla que se llamaba la isla Luz, que está más al sur y como le digo en busca de madera, ahí llegaban las otras lanchas a retirar la madera del ciprés, eso era lo que don Ciriaco Álvarez buscaba, entonces mandaba primero una lancha como para ver si había abundancia, si había abundancia de madera mandaba más gente⁹.

Durante la primera colonización, en lo que podríamos llamar el eje no insular (o cordillerano del litoral), desde Raúl Marín Balmaceda hasta Puerto Cisnes, y en parte hasta Puerto Aysén, las actividades marítimas tuvieron menor importancia en términos de extracción comer-

cial. Situación que cambiaría radicalmente a partir de los años ochenta, cuando tiene lugar el llamado boom merluzero.

Generalidades sobre las economías contemporáneas del litoral de Aisén

Para la década de 1980 las economías de las Guaitecas y las Huichas habían consolidado su vocación bentónica, de diversas maneras se articularon a mercados locales, regionales y progresivamente exportadores (por ejemplo, a través del erizo y en temporadas específicas del loco). Pero en 1985 tuvo lugar un acontecimiento que transformaría sustancialmente el panorama económico de la zona: ese año un buque factoría descubre caladeros de merluza en el Canal Moraleda, dando lugar al nacimiento de una flota demersal¹⁰ conformada por pescadores inmigrantes, por buzos reconvertidos y por habitantes de la zona que se inician en tales faenas. Este llamado *boom merluzero*, tuvo especial impacto en el área cordillerana del Litoral y en el entorno de la isla Magdalena, produciéndose lo que se conoce como la colonización espontánea o no planificada del litoral y cuyo testimonio más patente son los asentamientos demersales de Gala y Gaviota fundados oficialmente en 1999.

Una primera consecuencia de este *boom* fue la reorganización del mapa económico y social de las costas aiseninas. De este modo a principios de los años noventa era posible distinguir dos grandes ejes: el bentónico y el demersal. En el eje bentónico encontramos a las comunidades del archipiélago de las Guaitecas y en parte a las de Raúl Marín Balmaceda, Islas Huichas y Aisén-Chacabuco. En el eje demersal las citadas Gala y Gaviota, Puerto Cisnes, Puyuhuapi, Raúl Marín Balmaceda y Aisén-Chacabuco.

Ahora bien, las economías no son estáticas -mucho menos las de pesca artesanal- y así encontramos prontamente formaciones de tipo mixto, como Islas Huichas, en donde la importancia de la actividad demersal fue progresivamente equiparando y luego relegando a un segundo lugar a la extracción bentónica. Algo similar puede decirse de las flotas de Aisén-Chacabuco y en parte de Raúl Marín Balmaceda. La diferenciación en cuanto al tipo de extracción artesanal, no sólo implica una distinción económico-cultural sino además vendrá a configurar una dinámica política igualmente diferenciada, cuyas consecuencias serán progresivamente patentes¹¹.

Pero la designación «economía bentónica», «demersal» o «mixta» comporta siempre una condición mercantil (y una hipótesis), es decir unas y otras actividades están fuertemente orientadas al intercambio monetario. En ese sentido hablar de la pesca artesanal en Aisén es hablar de la relación entre la actividad extractiva y las empresas o intermediarios que «compran» el recurso. Dicho esto, interesa destacar que la fuerza de trabajo presente en las comunidades, al menos en términos comerciales, está siempre integrada en una economía de carácter netamente empresarial (exportadora).

Lo anterior se hace aun más patente a fines de los años noventa cuando tiene lugar la denominada expansión de la industria salmonera. Si bien la acuicultura, al menos en Aisén, nunca se ha consolidado como una actividad artesanal, sí se asienta en el seno de las economías demersales y especialmente bentónicas. Esto por dos razones: primero, porque parte de la mano de obra que demanda la industria proviene de la pesca artesanal local, y segundo, porque en buena medida «compite» por el mismo espacio.

Para concluir, si algo caracteriza la historia social y económica del litoral de Aisén es justamente su dinamismo, su permanente reconfiguración a partir de influjos o demandas del mercado y la diversidad de orígenes culturales y étnicos de sus habitantes. Si en la actualidad tuviésemos que caracterizar a estas economías probablemente debiéramos hablar de economías dinámicas y mixtas: bentónicas-demersales-salmoneras¹².

Las prácticas de deshidratación y sus implicaciones

Es evidente que los mundos locales ocurren inmersos en procesos de transformación, sin embargo tampoco deja de ser cierto que existen prácticas que persisten y que de alguna forma configuran lógicas identitarias de continuidad. Esto se relaciona más o menos con lo planteado por Sahlins (1988) quien sostiene que las temperaturas estructurales pueden ser más calientes o más frías, las primeras más performativas que las segundas (es decir, más susceptibles a transformarse en los acontecimientos). La hipótesis que aquí se plantea es que en todo el eje chilote-huilliche, las prácticas de deshidratación de recursos marinos (pescado robalo, pieles y cholga, principalmente) asociadas a la expansión maderera, son las que permiten configurar lo que podríamos llamar un espacio económico-cultural de

base bentónica. En algún sentido hablamos de una base de persistencia.

Antes (...) trabajábamos en eso, trabajaban a las pieles, mi papá trabajó muchos años a las pieles (...) de lobo, de lobo, esos cueros son muy lindo los cueritos, unos cueritos hermosos, si alguna vez... ya no creo que ya no lo verán (...) Es muy lindo trabajar en eso, mi papá andaba al coipo, al lobo y esa misma tarde lo hallaban y después lo traían, lo traían a Puerto Aguirre, era una tremenda venta... a un caballero que está en Punta Arenas también, el papá de Ito Alvarez, esos fueron los jefes de trabajar en esas cosas¹³.

La cholga seca y el pescado seco podrían considerarse arquetipos de prácticas de reproducción material de la vida social. Prácticas que reconfiguradas se actualizan hasta el día de hoy, no sólo porque aun existan viejos cholgueros sino porque en todas las faenas contemporáneas (quizá con excepción de la salmonicultura) algo del mundo de la deshidratación sigue vivo y se recrea constantemente. La idea no es introducir un fundamentalismo, pues lo que persiste no es una mística ni tampoco una *sustancia fundante* que se niegue a desaparecer en mestizajes e hibridaciones, en realidad hablamos de algo cotidiano y práctico, o para decirlo con Bourdieu, un habitus cholguero que se mantiene –variado obviamente– en algunas comunidades costeras de Aisén.

Este tipo de prácticas debieron estar en la base de las «extintas» economías canoeras. Y en ese sentido hay una conexión con aquellas que encontramos a mediados del XIX y principios del XX. El trabajo de la cholga o del pescado seco, o de las pieles fue y es eminentemente translocal, movedizo, migratorio, de diáspora, permite a las familias desplazamientos muy extensos en espacio y en el tiempo. Y es que la deshidratación resuelve el problema de la putrefacción y en consecuencia el problema de la comercialización (en realidad de la *entrega* del producto previamente pactado con el comprador). Una familia o en otro caso una cuadrilla cholguera o maderera, chilota lo más probable, podía internarse en el vasto archipiélago por cuatro, cinco, seis meses, un año incluso, instalarse tal vez en algún punto indeterminado, construir las «infraestructuras» básicas para el secado de los peces o los mariscos y procesar en ese lugar. Luego regresar a Chiloé o Melinka o bien «entregar» en alguna costa cercana.

Por acá usted se llevaba tres mil paquetes de cholga, cuatro mil y llegaba y lo vendía todo al tiro o llevaba unos cinco mil pescaos, que si habían lanchas de por allá de Chonchi que venían a buscar (...), hacían traer veinte mil pescaos, todo se vendía a Puerto Montt... Todas las familias tenían su establecimiento, su familia para acá, otras familias para allá, si usted tenía más hermanos así como familia se establecían por un lado, los Álvarez por un lado porque había Álvarez, los Pulluhuan trabajaban más para fuera, los Chiguay, siempre los Cárdenas y los Álvarez andaban juntos porque eran todos familia y los Ñancupel en veces se introducían con los Álvarez...¹⁴.

Íbamos a vender hasta Castro nuestra mercadería y ahí volvíamos hasta nueva salida otra vez y eso sería que yo le podría contar asunto este trabajo que yo manejé durante mis años que trabajé allá en Chiloé, cuando vine acá lo mismo pero lo mismo que hacíamos allá lo hacíamos acá¹⁵.

Este estilo de vida económica y social permitió la ocupación de lo que podríamos denominar un espacio deterritorializado. La lógica práctica que le subyace permite comprender entonces, desde perspectivas más endógenas, el por qué estos movimientos de población trabajadora, alentados por empresarios o «empresas» de la época, dan lugar a la consolidación de asentamientos cuyo sentido supera largamente los intereses mercantiles iniciales.

Las prácticas económicas reseñadas hasta aquí -cholga seca, pescado seco, caza pieles y tala de maderas- ocurren sobre la base de ciertos elementos comunes, pero ello no es azaroso, sino que dan cuenta de sistemas adaptativos de los sujetos a las condiciones materiales de su existencia social. Dicho de otro modo, estamos hablando de lógicas prácticas que se reproducen en el tiempo, y que han sido más o menos exitosas en la resolución de los imperativos que los archipiélagos han impuesto *históricamente* a sus habitantes. La deshidratación en contextos de movilidad es sin lugar a dudas una de ellas. Desde el punto de vista local se pone en evidencia una base cultural «tradicional», que nos obliga a reconocer que los «modelos» de uso del territorio y hasta cierto punto tecno-económicos, se fraguaron en sistemas de vida no necesariamente mercantilistas. De hecho la caza de pieles, la tala de made-

ra y la recolección de mariscos y peces también constituyeron las prácticas base de la reproducción material de los pueblos canoeros¹⁶. Incluso a nivel de intercambios con grupos de Chiloé, aunque ciertamente no es equivalente en cuanto al sentido casi enteramente mercantil que algunas de estas actividades tuvieron a principios del siglo XX¹⁷. En resumen, si pensamos en las prácticas económicas cotidianas hubo sin lugar a dudas un continuo cultural que trascendió los propósitos empresariales. En otros términos: parte del estilo canoero pervive, se reproduce, se recrea y se reinventa desde fines del siglo XIX en adelante.

La estrategia empresarial se vio entonces necesariamente condicionada por los sentidos prácticos de las comunidades costeras de Chiloé y luego de Aisén. Sus intereses logran ser orquestados en ellos, pudiendo decirse que en la base organizativa cotidiana de trabajos orientados al mercado, prevalece un espíritu económico cultural local no reducible al racionalista formal. Este modelo relaciona la economía mercantil de la época con múltiples racionalidades, que nos harán suponer que no se articula simplemente un tipo de negocio sino un sistema de vida complejo. En primer término, se pone en práctica una relación entre empresario y comunidad que llamaremos el trabajo por trato, patente en todas las faenas. El trabajo por trato consiste en que el empresario provee los recursos necesarios para llevar a cabo las actividades extractivas y de procesamiento, asegurando de este modo que el producto le será forzosamente vendido a el.

Entonces los patrones pedían víveres por allá a los empresarios que había en Puerto Montt y esos le daban los víveres a la gente para los cuatro meses¹⁸.

En el trabajo de la madera existió un fuerte monopolio por parte de quienes controlaron el negocio, lo que posiblemente hizo innecesario asegurar el cumplimiento del trato. Evidentemente no era posible para cualquier empresario organizar un sistema extractivo de tal envergadura, pues requería contar con barcos para el traslado de los postes, puntos de embarque en los desolados archipiélagos y por supuesto recursos para organizar logísticamente las cuadrillas de taladores. Ciriaco Álvarez fue sin lugar a dudas el arquetipo de esta práctica. Sea como fuere la relación empresario-trabajador era a todas luces tremendamente asimétrica, posiblemente acentuada por los monopolios y por las propias

condiciones geográficas -extremas-, que prácticamente imposibilitaban una comercialización directa.

Si hablamos de caza de pieles, los datos disponibles hacen suponer que existieron más compradores. No obstante el sistema era exactamente el mismo. Esto no descarta que existiesen cuadrillas autónomas, que pudieran eventualmente ocuparse ellos mismos de la comercialización de las pieles. Algo similar pudo suceder con los recursos secos (cholga y pescado), pero en general las cuadrillas o las faenas existieron gracias al suministro material de los compradores del producto final, esto independientemente de que tratándose de recursos no perecibles había (y hay) un margen temporal de comercialización casi ilimitado.

En síntesis, cabe señalar que en estas cuatro actividades se cruzan lógicas y sentidos disímiles. Por un lado, los propósitos mercantilistas exportadores de recursos primarios, por otro, las prácticas tecno-económicas sobre las que se despliega esta producción responden significativamente a modos de vida e interacción local. En cuanto a la relación entre empresarios y trabajadores, ésta ocurre de forma desigual, posiblemente constreñida por una serie de factores que limitaron potencialmente el campo de acción en los mercados por parte de las comunidades, por ejemplo hablamos de una marcada restricción de los canales de comercialización. Por otro lado, esta relación en sí misma ocurre según lógicas específicas, esto a tal punto que casi nadie habla de la venta del producto sino de la entrega: «nosotros le *entregábamos* a...».

En esos años nada, nada, cortaban madera de ciprés y entregaban en los barcos grandes que pasaban a cargar madera de ciprés para llevar pa'l norte, ahí trabajaban también un caballero que se llamaba el finao Ciriaco Álvarez en aquellos años, ese tenía contrata de madera¹⁹.

Bajo este concepto el *trato* implica una lógica distinta a la que cabría en una relación de productor-comprador de tipo convencional. Es posible incluso que la relación por trato que se dio a principios del siglo XX en las faenas de madera, pieles, cholga y pesca seca condicionara la articulación entre las economías (mercantiles y culturales locales) hasta el presente. Se establece lo que llamaremos una relación patronal, con más certeza digamos que se estructura culturalmente. No se vende, se entrega, se trabaja -con prácticas y sentidos económicos locales- para un patrón, hay un acuer-

do previo, un trato, y todo esto, dada la dinámica de la vida cotidiana en las comunidades, permite resolver necesidades inmediatas. El trato y las relaciones que comporta se vuelven imprescindibles.

Más o menos explícita, la idea que se ha intentado plasmar aquí es la de un despliegue de prácticas económicas que persisten, al menos en el eje chilote-huilliche de Aisén insular. Esa persistencia puede entenderse en el marco de condicionamientos materiales que no han variado sustancialmente y de dinámicas relacionales que, en función de lo anterior, mantienen cierta continuidad. Ejemplo de ello son las actuales faenas bentónicas que se organizan de modo muy similar a como sucedió en décadas anteriores. Incluso reforzando ciertas dinámicas relacionales, tales como el trabajo en cuadrillas,

El dueño de la embarcación invita a trabajar al compañero que esta buscando, lo invita, ya sea buzo asistente, lo que necesite. La persona le da la respuesta y bueno, se arma la cuadrilla, que le llamamos, (...) Son tres, pero se acostumbra a decir cuadrilla, porque antes eran cuatro, a la cholga; y después eran tres, un asistente y dos buzos, pero se quedó con la idea de llamarlo cuadrilla, siendo que son tres²⁰.

o el mismo sistema de trato y entrega, que en la actualidad es todavía más característico que antes. Esto no deja de ser llamativo en tanto existen mejores sistemas de transporte y comunicación que hace cincuenta años. La siguiente cita retrata un testimonio que sin lugar a dudas podríamos generalizar a las faenas bentónicas contemporáneas.

El receptor le descuenta el combustible que le haya entregado, y el receptor pide su vale donde estipula la cantidad de cajas y el valor de, el precio de la caja en un recibo, firmado por el receptor para después poder cuadrar las cuentas. Bueno, uno saca todo lo que necesite de la lancha porque la lancha lleva todas las provisiones que uno necesite, ya sea víveres, combustible o también materiales como los ganchos que se pierden muy fácilmente, los aceites. Todas esas cosas, uno las encarga, y se los cargan al siguiente viaje y se descuentan, se van descontando enseguida²¹.

Conclusión

Todo cambia, eso es insoslayable, no obstante las dinámicas de transformación están siempre asociadas a lo existente, a las particulares configuraciones simbólicas y materiales características de algún espacio social. En el caso aquí expuesto el despliegue contemporáneo de las economías bentónicas, está significativamente condicionado por lógicas que hunden sus raíces en sistemas ancestrales. Tales sistemas, si bien han variado progresivamente, reportan algunos principios de reproducción de la vida material y social que nos permiten hablar de persistencias. Entre lo que persiste hemos destacado algunas dinámicas prácticas y relacionales de las faenas extractivas deshidratadoras, prácticas que no sólo suponen una adaptación exitosa a las condiciones materiales de la vida en el Archipiélago de los Chonos, sino que además permitieron la diseminación y más tarde la consolidación de sus asentamientos.

Notas

¹ Temístocles Panichine, diciembre de 1999, Puerto Melinka.

² Véase por ejemplo los relatos de José Pomar (1923), en sus exploraciones por el río Aysén.

³ Simpson (1871: 172).

⁴ Por ejemplo la tala del ciprés de las Guaitecas, inicia masivamente a fines de la década de 1860, estuvo estrechamente asociada a la construcción de las líneas del ferrocarril en el norte de Chile y en el Perú (Westhoff 1867). Esta información es corroborada por Sunkel (1982) quien describe como entre 1859 y 1877 se construyen casi 1000 kilómetros de vías de ferrocarril en distintas zonas del país. El ferrocarril por supuesto era un medio indispensable para conectar los puntos neurálgicos de la entonces pujante economía salitrera del norte de Chile.

⁵ Quiroz y Olivares (1985) hacen una interesante revisión de fuentes primarias.

⁶ Las fuentes consultadas son: Westhoff (1867), Simpson (1871, 1875), Pendavis (1872).

⁷ Westhoff 1867: 450.

⁸ «En ecología se llama bentos (del griego βένθος, «fondo marino») a la comunidad formada por los organismos que habitan el fondo de los ecosistemas acuáticos. El bentos se distingue del plancton y del necton, formados por organismos que habitan entre dos aguas. El adjetivo que se hace derivar de bentos es bentónico», en <http://es.wikipedia.org/wiki/Bentos>.

⁹ Norma Andrade, Caleta Andrade, 2002.

¹⁰ Como las especies bentónicas, las demersales también se encuentran asociadas al fondo marino pero a diferencia de las primeras las demersales tienen capacidad de movilidad permanente. En las costas de Aisén la principal especie demersal, con alto valor comercial, es la merluza austral.

¹¹ A partir del año 2001 estallan conflictos por cuotas de captura y zonas contiguas, ambos asimilables sólo en tanto se puede establecer esa básica pero compleja distinción.

¹² Incluso, parafraseando a García Canclini, podríamos hablar de economías híbridas.

¹³ María Coliboro, Puerto Aguirre 2002.

¹⁴ René Saldivia, Puerto Melinka, 2002.

¹⁵ Armando Arteaga, Puerto Aguirre 2002.

¹⁶ Véase por ejemplo, Ocampo, Aspíllaga y Quiroz (2002).

¹⁷ Carlos de Berenguer (1773) constata que los indios chono, durante las fiestas de Santiago, van a la isla de Chiloé e intercambian «su marisco» por ropajes y papas con los habitantes locales.

¹⁸ René Saldivia, Puerto Melinka, 2002.

¹⁹ Ercira Chiguay, Puerto Melinka 2002.

²⁰ Álvaro Aguilar, Puerto Melinka 2006.

²¹ Ídem.

QUIROZ, DANIEL & OLIVARES, JUAN CARLOS (1985) «Nómades Canoeros de La Patagonia Occidental Insular Septentrional: El Mundo de Don Pedro del Agua», Univ. de Chile, Santiago.

SAHLINS, Marshall (1988) *Islas de historia: la muerte del capitán Cook*, metáfora, antropología e historia, Gedisa, Barcelona.

SIMPSON, ENRIQUE (1861 [1971]) *Exploración de la costa occidental de Patagonia i de los archipiélagos de los Chonos i Guaitecas, practicada según orden del Supremo Gobierno, por don Enrique Simpson, a bordo de la corbeta «Chacabuco»*. En *Anales de la Universidad de Chile*, 1871, Santiago.

SUNKEL, OSVALDO (1982) *Un siglo de historia económica de Chile 1830 - 1930*, Cultura Hispánica, Madrid.

WESTHOFF, FELIPE (1867) Memoria del subdelegado marítimo del archipiélago de los Chonos o Guaitecas. En: *Anales de la Universidad de Chile*, N° 7, Tomo XXIX, Santiago.

Bibliografía

COMAS D' ARGEMIR, DOLORS (1998) *Antropología económica*, Ariel, Barcelona.

DE BERANGUER, CARLOS (1773) *Relación Jeográfica de la Isla de Chiloé*, Introducción de Nicolás Anrique, 1893. En *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago

OCAMPO, CARLOS & ASPÍLLAGA, EUGENIO (1984) Breves notas sobre una prospección arqueológica en los archipiélagos de las Guaitecas y los Chonos. En: *Revista Chilena de Antropología* N°4, 155-156. Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, Santiago.

OCAMPO, CARLOS, QUIROZ, DANIEL Y ASPÍLLAGA, EUGENIO *Chonos: Un mundo ausente*, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Boletín de Internet, en <http://rehue.csociales.uchile.cl/antropologia/> (consultado en octubre 2002)

OSORIO, MAURICIO (2007) Aisén territorio y Aisén humanidad. Itinerario de una construcción social de la(s) identidad(es) regional(es). En: *Otras narrativas sobre Patagonia. Tres miradas antropológicas a la región de Aisén*, por Osorio, Saavedra y Velásquez, Ñirre Negro, Coyhaique.

PENDAVIS, GUILLERMO F. (1872) *Materia médica e historia natural* (Apéndice E, Memorias científicas i literarias). En: *Anales de la Universidad de Chile*, 1872, Santiago.

POMAR, JOSE 1923 *La concesión del Aisén y el Valle Simpson*, Imprenta Cervantes, Santiago.